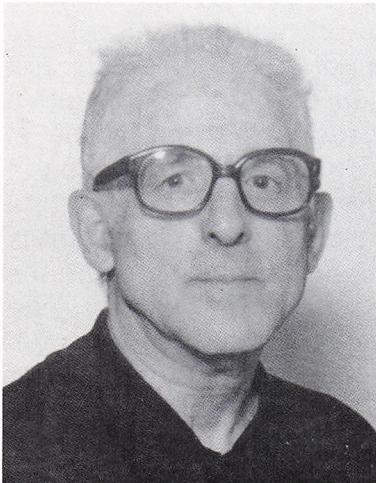


**COMUNIDAD SALESIANA
CENTRO DE FORMACIÓN PROFESIONAL "SANTÍSIMA TRINIDAD"
SEVILLA**



Sevilla, 19 de Marzo de 1995.
Fiesta de SAN JOSÉ.

Queridos hermanos:

Con los más vivos sentimientos de gratitud por su trabajo sencillo y generoso hasta el final y con la esperanza que nos da la fe en Jesús, el Señor Resucitado, os comunico que nuestro hermano Salesiano Coadjutor

D. ENRIQUE PORRAS BENÍTEZ

se nos fue a la casa del Padre el día 22 de febrero de 1995, en la ciudad de Sevilla, después de dos meses de molestias y un rápido final, causado por una enfermedad fulminante.

La Comunidad Salesiana del Centro de Formación Profesional de la Trinidad, en la que ha trabajado durante 37 años, quiere rendir en estas páginas un homenaje fraternal a su memoria y dar gracias a Dios por el regalo que ha supuesto su vida dentro de la Congregación Salesiana.

Siempre, D. Enrique se había cuidado y gozaba de buena salud. Le acompañaba un inmejorable apetito y era fiel a sus paseos, si era posible de mañana y tarde, en su mimada bicicleta (adornada con un ágil molinillo, protegida por Santiago Apóstol... siempre ajustada y engrasada por su mecánico...). Era típica ya su estampa de "abuelo" de barba blanca, con gorra encasquetada y equilibrio difícil, que todos los días hacía el mismo recorrido en su bici. Sentía que en sus paseos estaba la causa de su vitalidad. En verano nos sorprendía a todos con una "facha de ciclista" que, dada su edad, causaba hilaridad: gafas oscuras, pantalones cortos, piernas blanquísimas, calcetines oscuros a media pierna, sandalias..., huyendo siempre de autobuses y taxistas, con algunas licencias en la aplicación del código de circulación y con "parada segura" en el puesto de helados de un amigo que le mantenía "cuenta abierta".

Pero los últimos días del '94, le trajeron dolores de estómago. Los médicos, por más pruebas que le hicieron, no supieron encontrar la causa ni el tratamiento adecuado. Sólo 24 horas antes de su fallecimiento le diagnosticaban, con seguridad, "carcinoma de páncreas". No había nada qué hacer; la comunidad, que había celebrado con él el sacramento de la Unción de los Enfermos, pedía al Señor que lo recibiera en su casa sin que tuviera que sufrir innecesariamente. En dos meses, la aparente robustez de D. Enrique se vino abajo a causa de este tumor maligno. No estaba a gusto en ninguna posición: fue alternando el descanso en el sillón con la cama. Todos sentimos que los últimos días le resultaban muy penosos. El viernes, 17 de febrero, fue ingresado en la clínica de la Cruz Roja y, pese a todas las atenciones recibidas, cada día se le notaba que iba empeorando. En la madrugada del miércoles 22, se apagó su respiración y en el día dedicado a "su San José", se marchó con él al paraíso.

Los jóvenes alumnos de Formación Profesional, con los que estuvo en el almacén del Taller de Electricidad hasta que la enfermedad lo arrancó de entre ellos, y a los que había

entretenido con esperados y sabrosos "Buenos días", se reunieron con todos los profesores para despedir a Don Enrique con la celebración de la Eucaristía. Dimos gracias a Dios por su vida entregada a los jóvenes desde sus 17 años en la familia de Don Bosco y le pedimos que su puesto vacío fuera pronto cubierto por otros jóvenes de entre los presentes como salesianos Coadjutores.

Los gestos de cercanía durante su enfermedad, la nutrida participación en la misa funeral por su eterno descanso y el amplio grupo que nos reunimos en el sepelio de sus restos en el Cementerio de Sevilla han sido momentos privilegiados para sentir la fuerza y el "amor práctico" de la familia salesiana de la Trinidad. Los jóvenes y los adultos han sabido estar activamente presentes en la oración agradecida y esperanzada, con el reconocimiento y gratitud de la entrega generosa de Don Enrique, hermano y amigo de todos.

DATOS DE SU VIDA

Nace D. Enrique en Montoro (Córdoba) el día 5 de Septiembre de 1915. Contaba, por tanto, con 79 años, bien llevados, cuando la enfermedad nos lo arrebató de manera fulminante. Era hijo de una familia acomodada. Sus padres, Federico y María Josefa, tuvieron siete hijos: Dolores, Antonio, María, Juan de Dios, Federico, **Enrique** y Rosario. Tanto el padre como dos de los hermanos, Antonio y Juan de Dios, murieron en nuestra triste guerra civil. Por testimonios familiares sabemos que D. Enrique era en su juventud el "más travieso y espabilado de sus hermanos".

En su familia había ejemplos de santidad. Era sobrino carnal de Santa Rafaela M^a Porras Ayllón, fundadora de las Esclavas del Sgdo. Corazón. Además del testimonio personal, su familia procuró que se educara en colegios religiosos. Cursa sus primeras letras, como párvulo, con las Hijas de la Caridad de

Montoro. La primera enseñanza e ingreso, en los Jesuitas de El Palo-Málaga (1925-28). Los cuatro primeros cursos de bachillerato, en el Colegio Salesiano de Córdoba (1928-32). Su interés por hacerse salesiano, le lleva al Aspirantado de Montilla en el curso 1932-33. Inmediatamente, hace el noviciado en San José del Valle, en el curso 1933-34. Tomará la sotana el 1 de noviembre de 1933 y hará su primera profesión el 8 de septiembre de 1934. En los cursos 1934-36 estudiará filosofía en San José del Valle. Recibe su primer destino a la vida práctica para Sevilla en San Benito de Calatrava (1936-39). Renovará votos el 8 de septiembre de 1939 y será destinado a Cádiz durante el curso 1939-40. Aquí concluirá sus estudios de Bachillerato en el verano del '40 y hará su Profesión perpetua el 1 de Septiembre de dicho año, en manos del que él mismo señala como "querido Don Luis Peña".

Desde entonces, las crónicas ya le colocan en Sevilla-Trinidad como Coadjutor, con los cargos de Librero y Vice-Prefecto (1940-1953). Por razones personales, pedirá ir a Francia; allí, durante 18 años, trabajará en diversas comunidades de las Inspectorías de París y Lyon. En París - Hogar Rue des Chantiers-, como Adjunto al Boletín Salesiano (1953-58). En Lyon -Fontanieres- Adjunto al Boletín Salesiano (1958-68). En Rhone -Saint Pierre Chandieu-, Adjunto al Padre Provincial (1968-70). En Lyon-Fontaniers, como "factotum" (1970-71).

Finalmente, será destinado a España y aquí lo tenemos, de nuevo y definitivamente, en nuestra casa de Sevilla-Trinidad, como encargado del almacén de electricidad (1971-1995). Desde este taller, muy unido a los distintos profesores, ha acompañado como buen educador a los jóvenes electricistas a ser "buenos cristianos y honrados ciudadanos".

Ha estado, pues, trabajando en esta Casa 37 años, interrumpidos por su estancia en Francia.

SEMBLANZA DE UN COADJUTOR EJEMPLAR

1.- ENAMORADO DE DON BOSCO Y DE LA CONGREGACIÓN

Sorprendió a su familia con la decisión de hacerse salesiano, cuando apenas contaba 17 años. Su padre, en principio, se negó con rotundidad a firmar el consentimiento. Pensaba que fuese "una cosa más de Enrique" o temía que nunca pudiera adaptarse a la vida disciplinada y austera de los seguidores de Don Bosco. Ante su insistencia, y como salida, el padre le prometió que accedería, si le veía comer un plato del menú que sistemáticamente detestaba. El plato quedó reluciente y el padre cumplió su promesa.

Ha sido un hermano ejemplar. Encarnó a la perfección el tipo de coadjutor, ideado por don Bosco. Exacto cumplidor de las reglas. Escribió día a día la Historia de la Congregación. Para él era accidental estar aquí en España o en Francia; lo importante era estar con Don Bosco.

Fue constante en crecer cada día como buen salesiano. Consiguió muchas victorias sobre los que consideraba sus dos "caballos de batalla": su amor propio y su genizazo. Decía de sí mismo: "Soy una fierecilla indomable, a pesar de lo canijillo que soy". *Con delicadeza, "pedía perdón"* cuando era consciente de que había ocasionado alguna molestia a algún hermano de la comunidad. Normalmente, eran tormentas en un vaso que se desvanecían al momento. En las breves notas, dejadas en un sobre y que titulaba "testamento", se mantiene fiel a esta actitud: "*Pido perdón a todos de mis malos ejemplos*".

Dada su credulidad y "poco aguante", ayudaba a la distensión de la comunidad. Otros ilustres coadjutores, como el Maestro Sánchez, D. Saturnino, D. Bernabé, no le abandonaban con sus guasas y sus bromas. Su afición a la bicicleta era una terapia que él se había impuesto para expulsar los "malos humores" del organismo. *Con su bici se ayudaba* a mejorar el

ritmo del corazón y a dominar su fuerte temperamento, "poniendo su genio en pedalear y no en patalear".

Era *apreciado por todos los salesianos* españoles o franceses, que convivieron con él. En los veranos que venía de Francia, le gustaba visitar a los salesianos y, acompañado por un sobrino, organizaba lo que él llamaba una "tourné" por los casas salesianas de Andalucía. En todas partes encontraba grandes amigos, que les brindaban una generosa acogida y hospitalidad.

Algunos clérigos, que estrenaban sus primeros días como educadores entre los artesanos, reconocen que *nuestro hermano les ayudó* a discernir su vocación y que les animaba mucho. Aquí queda un testimonio: "Salimos de Consolación, al trienio, tres clérigos; me recuerdo que el salesiano más cercano fue D. Enrique. Todas las tardes nos reunía para darnos unas normas muy prácticas sobre el carácter del niño sevillano y los problemas que tenía el colegio, para no dejarnos sorprender con nada desagradable. Se adelantó a proporcionarnos, sin pedirlo, cuanto necesitábamos en nuestra nueva vida de trienales. Comentábamos los clérigos: el salesiano que más se preocupa de nosotros, es Don Enrique".

2.- TRABAJO, TRABAJO, TRABAJO...

Con el estilo de tantos beneméritos salesianos de edad y -especialmente- de tantos salesianos coadjutores, D. Enrique ha sido un ejemplo en saber asimilar el trabajo, como característica básica de la propia espiritualidad. Asumía con honradez profesional el trabajo que se le confiaba, con la conciencia de que éste era el instrumento que Dios había puesto en sus manos para ser un digno hijo de Don Bosco.

Era admirado como salesiano activo, dinámico y cumplidor de sus obligaciones. En Francia, lo encontramos siempre

enfundado en su babi gris oscuro, trabajando incansablemente. Era el encargado de la distribución del Boletín Salesiano francés. No sólo tenía al día las direcciones, sino que se encargaba personalmente del "routage", como el decía; imprimía las direcciones, envolvía los boletines y los depositaba en el correo.

Tuvo en nuestra casa el oficio de LIBRERO. Estaba entregado a la tarea de gestionar la antigua y compleja Librería Salesiana, que facilitaba la atención general al público por la sala de visitas de entonces y la atención a los estudiantes por el patio. Se manifestó como el hombre "responsable, escrupuloso y minucioso" en su trabajo. Siempre educado y servicial.

Como VICEPREFECTO, era la mano derecha del Sr. Administrador. Siempre estaba dispuesto a secundar sus indicaciones, tanto dentro como fuera del Colegio.

A pesar de su edad, pasó por alto la fecha de su jubilación oficial y permaneció fielmente hasta sus últimos días, fijo en su almacén del taller de electricidad. Humildemente, él se daba el cargo de ALMACENISTA. Enfundado, ahora, en el amplio y largo babi azul, que había pedido a los reyes, atendía las demandas de los alumnos, distribuyéndoles con solicitud de padre el material "justo y necesario" para sus prácticas.

Además de su dedicación diaria y puntual al Taller de Electricidad, estaba siempre disponible a cuantas necesidades surgieran dentro del quehacer de la Comunidad. En el Proyecto Comunitario de este curso, había asumido las responsabilidades de cuidar la Capilla de la Comunidad, llevar la Crónica de la Casa y tener en orden la Biblioteca de la Comunidad. En los tres compromisos, ha mostrado gran interés por llevarlo todo bien y por dedicarse a ello, cuidando hasta los pequeños detalles.

Cuando los achaques propios de la edad le hacían notar sus limitaciones, solía repetir con frecuencia "¡quién tuviera cuarenta años!". Era una manera de manifestar que quisiera

llegar a más en su trabajo diario, pero sus fuerzas ya no eran las de antes. "A mí me gusta el realismo" -nos repetía- cuando bromeábamos con él y le insinuábamos que estaba hecho un jovenzuelo.

Este sano espíritu tan salesiano del "trabajo, trabajo y trabajo" y del "descansaremos en el paraíso", ha sido vivido por D. Enrique y ha dejado una huella profunda en cuantos hemos tenido la oportunidad de compartir con él algunos años. Podemos sentir que en Don Enrique se han cumplido fielmente nuestras Constituciones: "El trabajo asiduo y sacrificado es una característica heredada de Don Bosco..." (Const. 78).

3.- UN EDUCADOR, AMIGO Y CERCANO.

Como *educador y asistente* era celoso de su cargo. En su primera etapa en esta casa, cuando había alumnos internos, los jueves iba de asistente al paseo. Siempre llevaba a sus pupilos por la carretera de Carmona adelante, hasta cerca del aeropuerto. Los únicos barrios existentes y aislados: la Corza y el Fontanal. Lo demás: huertas y alquerías. En las horas de recreo, su puesto estratégico era el pasillo entre los patios. Allí le tocaba corregir y, alguna vez, el tono de la reprimenda era fuerte como su carácter. No por ello, perdía el aprecio de los jóvenes, que veían en él a un amigo responsable que deseaba servirles y ayudarles a construir su felicidad.

Los domingos iba al Oratorio de San Benito de Calatrava. También iban el maestro Plá y el maestro Sánchez.

Cuidaba la *presencia constante* entre los chicos, aún a pesar de los esfuerzos personales que tenía que hacer, para superar su natural temperamento de "modales fuertes". Cultivó el valor salesiano de la asistencia. Aún en sus últimos años, se le veía continuamente, con su típico babi y gorra, en medio de los muchachos durante los recreos. Con frecuencia se permitía,

cual políglota consumado, lanzar frases en francés, inglés, latín, italiano... y gozaba haciendo la versión al castellano. Amaba a sus alumnos y ellos le correspondían con creces.

Era fácil encontrarlo practicando el consejo de Don Bosco: "*una palabra al oído*". Lo hacía en todas partes, principalmente, cuando repartía el material de trabajo en el taller. Ese "despachito de materiales" del taller es testigo de su trabajo constante y de sus largos y sabrosos ratos de charla amistosa y confiada con sus "secretarios" y con los profesores de electricidad. Últimamente, también, de sus profundas cabezadas cuando el cuerpo lo pedía.

En estos últimos años de su vida, *disfrutaba dando los "Buenos días"* a nuestros alumnos. Esas palabras de acogida matinales, que ayudan a sentir a todos los componentes de nuestro colegio que somos una familia, eran esperados con simpatía, por parte de los alumnos que gozaban nada más que lo veían, -micrófono en mano- hacer equilibrios en el presbiterio de nuestro Santuario. Los preparaba a conciencia. Nervioso el día que le tocaban cambiaba hasta su horario. A todos, de una manera u otra, nos hacía romper la monotonía. Sus temas preferidos: San José y la confesión. Celoso de su responsabilidad como salesiano; últimamente, se plantó en huelga ante el Coordinador de Pastoral, porque algunos profesores estaban designados más veces que él en el reparto mensual de los "Buenos días".

4.- CARIÑOSO Y DETALLISTA CON LA FAMILIA.

En las vacaciones que pasaba con la familia en Córdoba, al principio más frecuentes y luego más espaciadas y breves, destacaban su cariño y generosidad hacia todos sus sobrinos y sobrinos-nietos. Estos últimos sentían un especial afecto hacia él. Nada más llegar a la casa lo rodeaban para saludarle y pedirle los consabidos "caramulos" (caramelos) que repartía entre los

pequeños.

Siempre llevaba cuenta, en unas listas muy originales, de santos y cumpleaños, tanto de familiares como de amigos. Felicitaba , eso sí, con una antelación sorprendente y en un horario, siempre madrugador e imprevisible. Se interesaba, frecuentemente, por los enfermos de la familia, llamando e instando a que se cuidaran y fueran atendidos. Eso sí, demostró muchas veces que "sólo quería cuentas con los vivos". No se le veía jamás en los entierros.

5.- UN HOMBRE PIADOSO.

Todos reconocen en él un hombre piadoso. Participaba, fielmente, en todas las prácticas comunitarias, destacando por su puntualidad, fervor y compostura. Ponía gran esmero en cultivar la unión y cercanía con Dios, a través de una oración de calidad bien cultivada desde su Noviciado.

* CON UNA CONFIANZA FILIAL EN MARÍA AUXILIADORA

En su estancia en Lyón, con frecuencia se le veía paseando por la terraza con el rosario en la mano. Uno de los últimos signos de su presencia entre nosotros, me lo daba uno de los profesores del taller de electricidad: la cajita con el rosario, que cada mañana desgranaba puntualmente y con fervor en el almacén de electricidad.

* DEVOTO DE SAN JOSÉ

A San José lo trataba como al mejor amigo del "Sindicato del Trabajo". Estaba convencido de que San José lo libraba de muchos golpes. Atentos observadores de su estancia en la Trinidad, allá por los años cuarenta, hacen notar que en la misa diaria se ponía cerca del altar de San José. El miércoles, día de la semana dedicado especialmente al Santo, se preocupaba de que tuviera flores y luces encendidas. Fue un entusiasta y

celoso Consiliario-Asistente de la entonces floreciente "Compañía de San José". Era su gran animador y protector (a veces, bienhechor con donativos de su generosa familia). Los componentes de la Compañía eran jóvenes "artesanos", con quienes iba a pasar el recreo y a quienes llevaba al altar de su patrono para hacer la visita. Organizaba con ellos la fiesta de San José y celebraba los domingos en su honor. Algunas veces aparecieron cartas de peticiones de algunos jóvenes obreros a su Santo patrono, que tenían el sello de D. Enrique. Como se preocupó de controlar el puntual funcionamiento del reloj de la torre del Santuario hasta el año 1942, todavía queda allí una estampa que certifica su devoción al santo carpintero.

En el último retiro, uno de sus compañeros le preguntó: Enrique, ¿sigues tan devoto de San José como en tus años de formación en Montilla y San José del Valle? Y aquí queda impresa su respuesta: "No sólo sigo con la misma devoción de entonces, sino aumentada y profundizada, a pesar de los avatares de mi vida, ya bastante larga". Sin duda, San José le ha premiado su amor y fidelidad.

* OTRAS DEVOCIONES

Tanto su habitación, como su lugar de trabajo en el almacén, eran una exposición perenne de sus devociones. En ambos "minisantuarios", podíamos contemplar, organizadas y pegadas en unos cartones "a su modo", las figuras de sus protectores y modelos: Sagrado Corazón de Jesús, María Auxiliadora, San José, Santiago Apóstol, San Juan Bosco, Santo Domingo Savio... San Enrique... y otros santos no canonizados, como Juan XXIII. Era también devoto de los Cristos y Vírgenes de nuestras Hermandades de Sevilla. La devoción al Sagrado Corazón la tenía muy grabada "nel mio cuore", decía. Dialogaba con El todos los días y seguía fiel a la práctica de los "nueve primeros viernes". No se explicaba cómo se había perdido esta devoción.

He guardado con cariño "sus reliquias". Las llevó con él a la clínica y me las encomendó, cuando hubo que trasladarlo de habitación. El paquetito bien precintado, habla por sus contenidos: un escapulario, un rosario muy usado, un crucifijo y medallas de San José, Sagrado Corazón, María Auxiliadora y de la Beata (hoy Santa) Rafaela Porras.

A modo de despedida, en los últimos meses de su enfermedad, había escrito: "Que San José y Santiago Apóstol se acuerden de mí".

6.- SIEMPRE AUSTERO, SENCILLO, Y SERVICIAL.

*** AUSTERO**

Manifestó desde su juventud un gran desprendimiento de las cosas materiales. A consecuencia del fallecimiento de su padre, su familia hizo la distribución de la herencia. Don Enrique, tras hacer unos obsequios a sus familiares, donó todos sus bienes a la Congregación para que fuesen utilizados en favor de los jóvenes pobres. Con ello, es un digno seguidor de Jesucristo y fiel testigo del evangelio. Vivió con generosidad hasta la última insinuación de Jesús al joven rico: "Si quieres ser un hombre logrado, vete a vender lo que tienes y dáselo a los pobres, que tendrás en Dios tu riqueza; y, anda, sígueme a mí". (Mat 19, 21).

Se contentaba con poco. Sus administradores se admiraban porque rara vez necesitaba algo. Era un claro testimonio de pobreza religiosa, llevada sin aspavientos, ni ostentación. Todos quedamos impresionados, durante su enfermedad, de la poca ropa que componía su equipo personal.

*** SENCILLO**

En D. Enrique descubrimos al Coadjutor humilde y sencillo, a pesar de su buena preparación cultural. Había

cursado bachillerato y, posteriormente, los estudios eclesiásticos de filosofía, en San José del Valle. Leía entero el Boletín Salesiano, tanto la edición española como la francesa. Su hábito de lector constante, hasta en lengua inglesa, también le honraba mucho. Le encantaba practicar el francés con cualquier turista que abordaba por las calles de Sevilla. De vez en cuando, nos bendecía con alguno de sus "latinajos", aprendidos de muy joven y conservados a través de los años, gracias a su enviable memoria. Su preparación, más que amplia, la utilizó en cargos muy sencillos: Maestro y asistente, librero, viceprefecto, adjunto al Boletín Salesiano, factótum y almacenista.

* SERVICIAL

Estaba siempre dispuesto para ayudar y colaborar en todo cuanto estuviese a su alcance. En Francia, al estar encargado del correo en un estudiantado internacional, era frecuente el recurrir a él para solicitar pequeños servicios, sobre todo, en aquella época en que los salesianos sólo podían salir de casa, si había graves razones. Todavía algunos recuerdan la imagen de D. Enrique en un viejo "velomotor", atravesando las calles de Lyon para hacer los innumerables encargos que se le encomendaban. Ya, aquí en España, con su bici, era un recadero muy fijo y puntual.

Como era aficionado a los idiomas, era requerido por hermanos salesianos y hasta por alguno de nuestros misioneros en Togo, a que les dedicase un tiempo para practicar el francés que él dominaba bien. Se sentía felicísimo en poder ayudar y se preocupaba de que no faltasen sus "alumnos" a la hora requerida. Si bien, a los diez minutos, podía "quedarse dormido en brazos de Morfeo".

MOTIVOS DE GRATITUD Y ESPERANZA

Fácilmente, comprenderéis que, cuantos hemos conocido a D. Enrique y vivido con él tenemos motivos para la tristeza por su ausencia, pero también para la gratitud y la esperanza. Notamos su ausencia, pero nos queda la esperanza y la alegría de que su vida ha sido una buena semilla de valores salesianos que ha caído en el corazón de los jóvenes que le han conocido.

Nuestra familia salesiana mira a la muerte con serenidad. Nuestro hermano ha vivido sirviendo a Dios en el campo máspreciado y con más futuro, en el de los jóvenes pobres. Sentimos amablemente a Dios que dice: "Enrique, has sido un empleado fiel y cumplidor, pasa al banquete de tu Señor" (Cfr. Mt 25, 23).

Y allí ha llegado nuestro amigo y hermano. Don Bosco ha cumplido fielmente su palabra de darnos a los miembros de su familia "pan, trabajo y paraíso". El "paraíso" ha sido el lugar de cita, la meta y el único momento de reposo para nuestro hermano Enrique. Don Bosco, que había prometido a Dios que "hasta el último aliento" sería para sus jóvenes, habrá reconocido fácilmente a quien ha sucumbido en el trabajo, sin permitirse jubilaciones.

Quiero, de nuevo, ser la voz agradecida de mi comunidad, que reconoce los gestos de cercanía que hemos sentido por parte de todos los componentes de la Familia Salesiana de la Trinidad. Han rezado con nosotros por el eterno descanso de D. Enrique y se lo agradecemos: familiares, salesianos de toda la Inspectoría de Sevilla, Hijas de María Auxiliadora, profesores, antiguos alumnos, amigos de la casa y jóvenes. Especialmente, los jóvenes nos han dado la alegría de su consoladora presencia en estos momentos de dolor. Si en su entierro, D. Enrique hubiera levantado la cabeza, seguro que, al verse rodeado por tantos jóvenes - algunos con lágrimas en los ojos -, hubiese caído de nuevo por la emoción.

La personalidad y vida de D. Enrique quedan como "llamada a los jóvenes". Serán felices, entregando la vida a causas importantes. Los jóvenes más pobres de Sevilla, siguen necesitando salesianos coadjutores, capaces de trabajar en "mangas de camisa", para ser signos y portadores del amor que Dios les tiene.

Hemos conocido un fiel seguidor del espíritu, las opciones y el estilo de Don Bosco. María Auxiliadora, a quien acudimos con filial confianza, nos obtenga salesianos coadjutores de la talla de D. Enrique. Esa es la esperanza de nuestra Comunidad.

Os agradecemos vuestra oración y recuerdo.
Vuestro afmo. en Don Bosco,

CARLOS CORREAS MONTERO, Director.



DATOS PARA EL NECROLOGIO:

Coad. ENRIQUE PORRAS BENÍTEZ

Nacimiento, en Montoro (Córdoba), el 5 de septiembre de 1915.

Primera Profesión, en San José del Valle, el 8 de Septiembre de 1934.

Profesión Perpetua, en Cádiz, el 1 de Septiembre de 1940.
Muerte en Sevilla, el 22 de febrero de 1995, a los 79 años de edad y 61 de vida religiosa.